El Mundo
Madrid
06/12/16
Prensa: Diaria
Tirada: 172.215 Ejemplares
Difusión: 116.657 Ejemplares
Cód: 106920882
Página: 2
Sección: OPINIÓN Valor: 13.148,00 € Área (cm2): 250,0 Ocupación: 29,68 % Documento: 1/1 Autor: LUIS MARÍA ANSON Núm. Lectores: 822000

CANELA FINA

LUIS MARÍA ANSON

Bien por Juan Carlos I

NOS decía Octavio Paz a Luis Rosales y a mí, durante la cena que recrea y estimula, que la dictadura de Fidel Castro se convirtió en tiranía en el concepto más profundo del término. En la dictadura se prohíben libertades fundamentales; en la tiranía se obliga a los ciudadanos a defender incluso como si fuera un acierto lo que se les ha prohibido.

En un desfile del *Granma* el 3 de diciembre en La Habana, en el palco presidencial junto a los Castro, entablé amistad con Nicolás Guillén, al que odiaba mi inolvidado Pablo Neruda. Le invité a colaborar en el ABC verdadero, cosa que hizo con éxito notable durante muchos años. Una tarde de otoño y de tristeza en la habanera *Bodeguita del Medio* me desveló la clave del éxito popular de Fidel Castro, según él: los ritos pagano-cristianos de las diversas naciones iberoamericanas que le ungieron con su adhesión. Me pidió que visitara los santuarios auténticos de la *macumba* brasileña, del vudú haitiano, de la santería cubana, del *winti* en Guayana… Lo hice. En los altares de todos aquellos santuarios que visité estaba la imagen de Fidel Castro junto a las más diversas deidades. Esa adoración del pueblo más sencillo por mí comprobada contrastaba con la realidad atroz de la persecución en la Isla. A María Elena Cruz Varela, por ejemplo, los castristas la hicieron rodar por la escalera y, ensangrentada, la obligaron a comerse sus versos. Acogí a la poeta en ABC y con un artículo excelente, por cierto, ganó el Cavia, que es la orden del Toisón de Oro de los premios periodísticos. Además de la adhesión de los brujos, Castro manejó como nadie el rechazo de una parte sustancial de los pueblos iberoamericanos a los abusos del Imperio estadounidense.

No se puede despachar el fenómeno de Castro con unas líneas desdeñosas. Fidel no ha sido un dictadorzuelo más de los muchos que han ensombrecido la vida de los países hermanos en Iberoamérica. Tres Papas han visitado la Cuba castrista. Allí acudió también, en el apogeo de su éxito, Felipe González, el hombre de Estado que engrandeció al PSOE; allí, José María Aznar, el político de firme convicción anticomunista; allí, Fraga Iribarne, el ministro sobreviviente del franquismo; allí, el Rey Juan Carlos, que había encarnado la transición a una democracia pluralista plena desde la dictadura de Franco, el amigo de Hitler y Mussolini, el caudillo del Ejército vencedor en 1939 de la guerra incivil que despojó al pueblo español de la soberanía nacional.

Muchas presiones ha recibido el Rey padre –algunas bien intencionadas, otras perversas– para que no acudiera a Cuba. Durante 400 años la Isla formó parte de las Españas. Los vínculos históricos y culturales, aparte los económicos, entre las dos naciones son profundos. El presidente del Gobierno acertó al encargar a Juan Carlos I que representara a España en las jornadas por la muerte de Castro. El Rey padre ha llevado con él a La Habana el sufragio universal de los siglos. Hizo bien Don Juan Carlos en zafarse de presiones cumpliendo con lo que el Gobierno le encomendaba y la Historia le exigía. Y seguro que lo hizo muy bien, sin aspavientos, con moderación, firme en sus ideas de libertad, respetuoso con el pueblo cubano, con esa serenidad que preside sus actos tras 40 años de reinado, uno de los cuatro más destacados, por cierto, de la Historia de España junto a los de Carlos I, Felipe II y Carlos III.

Luis María Anson, de la Real Academia Española.